

HILEMORFISMO Y CORPORALIDAD

“¿Cómo es un alma?

Señora,

como filósofo puedo
definirla, no pintarla.”

L. DE VEGA, *La dama boba*

En un reciente artículo se ha ocupado larga y eruditamente el Dr. Bernardo Bazán¹ del problema de la corporeidad según Santo Tomás; llegando a demostrar allí cómo ha sabido el Angélico alcanzar los extremos más puros del hilemorfismo de Aristóteles para salvar la unicidad substancial del hombre, haciendo de su corporeidad una estricta determinación substancial y no una mera limitación accidental. De este modo, sostiene Bazán que “pour arriver a la doctrine de l'unicité de la forme substantielle, on doit pouvoir identifier le «corps» avec la matière première, entendue comme pure puissance, et l'âme avec la forme substantielle, conçue comme le *seul* principe de *toutes* les déterminations, y compris la corporalité”.²

Vale decir que, al cabo, todo su artículo reconoce como fundamento la teoría hilemórfica; y sobre ésta queremos hacer ahora algunas observaciones pues a nuestro entender se exagera habitualmente su importancia en desmedro de otro fundamental y poco atendido tema aristotélico, en cuanto a la composición de los entes naturales, a saber: el tema de la *mixis*.

EL HILEMORFISMO

Sin necesidad de desarrollar aquí este conocidísimo motivo de la filosofía natural de Aristóteles, nos proponemos solamente llamar la atención sobre algunos de los aspectos capitales de esta cuestión con respecto al origen y necesidad de esa estructura fundamental hilemórfica de las sustancias naturales. Este hilemorfismo, estrictamente entendido en cuanto a la generalizada composición de toda sustancia en materia prima y forma substancial, surge en Aristóteles cual una necesidad ni bien admite la existencia real de sus cuatro elementos o sustancias simples, y la posibilidad de sus mutuas transformaciones. En su crítica a Empédocles³ sostiene Aristóteles que dichas primordialísimas sustancias son transformables recíprocamente,⁴ haciendo cuidadosas observaciones sobre las diversas posibles vías a seguir en los procesos; de este modo llega a estructurar lo que podríamos llamar su química teórica,⁵ entendida como explicitación detallada de una teoría que le ha permitido antes hablar de “una materia de los cuerpos sensibles, no separada sino acompa-

¹ B. C. BAZÁN, “La corporalité selon S. Thomas”, *Rev. Phil. Louvain*, 1983, 81, 369-409.

² BAZÁN, *l.c.*, p. 394.

³ ARISTÓTELES, *De gen. corr.*, I, 1.

⁴ ARISTÓTELES, *De gen. corr.*, 331 a 12.

⁵ J. E. BOLZÁN, “Chemical combination according to Aristotle”, *Ambix* (London), 1974, 23, 134-144.

ñada siempre de contrariedad",⁶ materia primordialísima que, cual sujeto analógicamente dicho, establece en toda transformación el nexo necesario entre substancia de partida y substancia de llegada, como para que pueda hablarse de *un* cambio.

Los pasos *lógicos* que conducen a Aristóteles a sus cuatro elementos y a la corrupcio-generación absoluta son bien claros: en primer lugar, busca "los principios del cuerpo sensible o tangible"⁷ en función de contrariedades táctiles;⁸ llegando al cabo a un cierto número de cualidades elementales las cuales, combinadas de a dos, dan lugar a los cuatro pares conocidos,⁹ "y esos cuatro pares se atribuyen, *cual consecuencia lógica de nuestra teoría*, a los cuerpos que nos parecen simples: fuego, aire, agua y tierra"¹⁰ como resultado de "una distribución racional de las diferencias entre los cuerpos primeros, cuyo número es conforme a la lógica de nuestra teoría".¹¹

Por otra parte: cuando Aristóteles define "elementos" como "el cuerpo en el cual pueden ser resueltos otros cuerpos en los cuales se halla presente actual o potencialmente —quede esto así, por ahora— no siendo él mismo divisible en cuerpos de natura diferente",¹² tiene razón en definirlo así, pues está enunciando una necesidad lógica en función de los términos "elemento" y "compuesto de elementos"; pero cuando agrega: "Si el elemento queda así bien definido, es necesario que existan cuerpos respondiendo a esta definición",¹³ tiene razón *solamente* en el supuesto de que existen substancias descomponibles; mas cuando, a continuación y a fin de mostrar la real existencia de esos elementos, apela a la empiria afirmando que "carne y madera y materiales análogos contienen, efectivamente, fuego y tierra en potencia; cuerpos estos que manifiestamente provienen de la descomposición de los primeros",¹⁴ ya su razonamiento se debilita innegablemente.¹⁵

Vale decir que toda esta teoría de Aristóteles se basa, en última instancia, en una armonización o combinación *físico-matemática* de contrariedades dentro del contexto de la supuesta existencia de fuego, aire, tierra y agua cual substancias verdaderamente elementales, capaces de sufrir recíprocos cambios gracias a una "materia prima" de cuyo valor de verdad no parece estar él muy seguro; pues cuando se leen sus *libri naturales* sin un prejuicio al caso, es posible constatar al menos no solamente la ausencia de un uso constante del concepto de "materia prima" precisamente en los lugares donde se debería esperar hallarlo, sino también su vacilación entre "materia prima", "materia", "materia

⁶ ARISTÓTELES, *De gen. corr.*, 329 a 25; cfr. *Phys.*, I, 6-9; *De Caelo*, c. III, *passim*.

⁷ *De gen. corr.*, 329 b 6.

⁸ *De gen. corr.*, 329 b 10.

⁹ *De gen. corr.*, 329 b 33.

¹⁰ *De gen. corr.*, 330 b 1 (subrayado nuestro).

¹¹ *De gen. corr.*, 330 b 5.

¹² *De caelo*, 302 a 15.

¹³ *De caelo*, 302 a 19.

¹⁴ *De caelo*, 302 a 21.

¹⁵ Análoga debilidad se muestra en su intento de apelar al movimiento, al decir que "es manifiesto que existen cuerpos simples porque existen movimientos simples" (302 b 8); en realidad el argumento nada prueba al caso puesto que en un universo pleno de ser y actividad —de esa interacción en la cual consiste, dinámicamente, el cosmos— es imposible que existan móviles que se sustraigan a la interacción perturbadora y puedan cumplir movimientos verdaderamente simples.

común”, “sujeto”, y “sujeto primero”; situación esta que ha provocado largas controversias que llegan a nuestros días.¹⁶

Pero aun admitiendo que se tratara en este caso sólo de un cierto descuido lingüístico de Aristóteles, todavía es posible argumentar más allá de esta situación y resolver el tema continuando una clara vía aristotélica. En efecto: puesto que para Aristóteles todo extenso es esencialmente divisible en extensos, todo extenso natural cualificado —toda substancia natural (compleja)— sometido a ese proceso de partición se resolverá en extensos cualificados, esto es: substancias; y aun cuando se llegare al punto de alcanzar el mínimo natural de una substancia, su partición —que será esencialmente posible por tratarse de un extenso— conducirá a la resolución específica de dicha substancia, sí, pero dando como resultado la aparición de otras especies substanciales. Y por cuanto el proceso puede repetirse ahora con estas nuevas especies substanciales según la resolución de los respectivos mínimos naturales en otras especies substanciales, la admisión de la esencial divisibilidad del extenso natural hace que ya no podamos sustraernos del reino de lo substancial, por un lado; y por otro, nos obliga a admitir que todo ente natural es una especie substancial compleja: el reino natural aristotélico es el reino de lo complejo, de lo compuesto de forma específica y de materia compleja, unificada ésta bajo aquella forma. Este “hilemorfismo mitigado” se alcanza cual conclusión teórica de una experiencia que muestra que en la cosa existe *un* comportamiento asignable a la forma, y un cambio *con descomposición* asignable a la materia; la cual materia se ha de concebir “compuesta” porque su análisis —su descomposición— es posible, con la obtención de substancias, cada una de ellas con su unidad substancial.

Aplicado ahora este criterio analítico a una supuesta substancia simple, surge inmediatamente el sin sentido de la suposición y el ningún sustento que pueda tener ella en la experiencia; pues su pretendida resolución conduciría explosivamente a la aniquilación de la pretendida substancia, dado que sólo se obtendrían (?) como resultado los dos “principios de ser” que la constituirían.

Es decir que aceptando un hilemorfismo radical se siguen al menos dos consecuencias absurdas: primero, habría que admitir como únicas substancias verdaderamente tales a los cuatro elementos (¿y quién se atrevería a ello?), los únicos compuestos posibles de materia prima y de forma substancial, siendo las demás realidades naturales meros agregados de estos elementos; segundo, sería necesario aceptar que estos cuatro elementos y en una u otra de sus cuatro formas substanciales, son eternos —al menos *a parte post*— so pena, en caso contrario, de tener que admitir la posibilidad de aniquilación.¹⁷

¹⁶ E. g. las controversias entre: H. KING (“Aristotle without prima materia”, *J. Hist. Ideas*, 1956, XVII, 370-389) y F. SOLMSEN (“Aristotle and Prime matter: a reply to H. R. King”, *J. Hist. Ideas*, 1958, XIX, 243-252); BARRINGTON-JONES (“Aristotle’s introduction of matter” (*Philos. Review*, 1974, LXXXIII, 474-500), W. BRENNER (“Prime matter and Barrington-Jones”, *New Scholast.*, 1976, L. 223-228) y L. S. FORD (“Prime matter, Barrington-Jones and William Brenner”, *New Scholast.*, 1967, L. 229-231). Asimismo, la obra de H. H. HAPP, *Hyle, Studien zum Aristotelischen Materie-Begriff*, Berlin, 1971, etc.

¹⁷ Como una experiencia mental paralela a este ejemplo, cfr. la crítica que dirige Aristóteles a Anaxágoras, *Phys.*, I, 4.

Sea como fuere, no puede negarse la atracción que aquel hilemorfismo radical ha ejercido en el aristotelismo, a través de una historia que llega hasta hoy, ya sea por su universalidad de aplicación y su simplicidad; ya sea por su aceptación prácticamente a-crítica en la Edad Media, época donde poca importancia tuvo una cabal comprensión de la estructura del ente natural, más allá de su carácter de creatura; ya sea por la armonía universal que parece alcanzarse a través del Acto y de la potencia, cuando se extrema un razonamiento que, culminando por uno de sus remates en el Acto puro de Ser, se extrae lógicamente hasta el extremo opuesto e inferior del puro poder-ser.¹⁸

EL TEMA DE LA MIXIS

La alternativa filosófico-natural a ese hilemorfismo reductivista e imposible se halla en el mismo Aristóteles y aguardando desde siglos un desarrollo que se obstina en no aparecer, sea por descuido de los estudiosos, sea por la consuetudinaria restricción de lo filosófico-natural a la *Physica*, en desmedro de una verdad más amplia.

Cuando Aristóteles pasa desde los principios más generales (*Physica*) al estudio más particularizado de la naturaleza (*De caelo*; *De generatione et corruptione*; *Meteorologica*; *De anima*;...) traza un amplio cuadro de lo que es su filosofía de la naturaleza, y aun de su ciencia de la naturaleza.¹⁹ Restringiéndonos a nuestro interés actual, bien podemos decir que no duda Aristóteles de la existencia de substancias que son resultantes complejos de la interacción entre substancias (simples o complejas); y tanto no duda que a pesar de proponerse estudiar si la combinación entre substancias (mixis) es o no real,²⁰ posteriormente se deja llevar por el estudio en concreto de ese proceso, sin preocuparse de justificar su existencia: a tal punto le parece ésta una realidad.²¹

Según Aristóteles, este proceso de mixis da lugar, como resultado de la unificación de dos o más substancias bajo una misma y nueva forma,²² a la aparición de una nueva substancia, con su consiguiente homogeneidad específica,²³ desechando que se trate de una simple mezcla (*synthesis*) o "combinación *ad sensum*".²⁴ Por otra parte —y esto es fundamental— los productos de un proceso de combinación —las substancias producidas— pueden ser resueltos (analizados), lográndose la recuperación de las substancias de partida o "combinables".²⁵ Y esta experiencia es la que obliga a Aristóteles a intentar una

¹⁸ Esta raíz metafísica del problema se hace clara en ciertos autores que, en el plano de una filosofía natural, hablan de la estructura *metafísica* del ente natural; cfr. P. SELVAGGI, *Cosmologia*, Roma, 1959; R. MASI, *Cosmologia*, Roma, 1961; R. MASI, "Le prove dell'ilemorfismo ed il loro significato metafisico", *Aquinas*, 1959, II, 60 ss.; etc.

¹⁹ Se puede consultar nuestro trabajo citado en nota 5. Sobre algunos conocimientos científicos de Aristóteles nos hemos ocupado en: J. E. BOLZÁN, *La ciencia en Aristóteles*, Universidad Católica de Asunción, 1984.

²⁰ *De gen. corr.*, 327 a 30.

²¹ Cfr. J. E. BOLZÁN, "Justificación de la mixis en Aristóteles", *Archives Internationales d'Hist. des Sciences* (Académie Int. d'Hist. des Sciences), 1960, XXX, 27-35.

²² *De gen. corr.*, 328 b 22.

²³ *De gen. corr.*, 328 a 10.

²⁴ *De gen. corr.*, 328 a 15.

²⁵ *De gen. corr.*, 327 b 27.

explicación del estado de combinación en función de su teoría hilemórfica, en cuanto respecta a la relación entre las primitivas formas substanciales de los "combinables" y la nueva forma substancial del producto resultante. Con ello aparecerá una matización del primitivo hilemorfismo con relación a la substancialidad que debe atribuirse a las sustancias naturales (complejas): admitirá ahora que "el compuesto puede ser actualmente diferente de los componentes de los cuales proviene, y sin embargo ser cada uno de estos componentes en potencia lo que era antes de entrar en combinación, sin haber desaparecido";²⁶ vale decir que "los componentes ni persisten en acto ni son destruidos —uno u otro o ambos— pues se preservan sus potencias".²⁷

Con lo cual llegamos al problema que será desarrollado en el medioevo bajo el título de "estado virtual de los elementos en el compuesto", o de las sustancias de origen en la substancia resultante de un proceso de mixis. Este estado virtual es una suerte de *aurea mediocritas* entre los estados extremos del puro acto y de la pura potencia, estado necesario si se han de salvar las que son —por hipótesis— formas substanciales o actualidades de las sustancias de partida, y forma substancial o actualidad de la substancia producida en el proceso. De otro modo: si se supusiera la existencia *en acto* de los elementos en el compuesto, habría que admitir que éste no es una verdadera substancia sino una simple mezcla o yuxtaposición de los primeros; si, por el contrario, se sostuviera, a fin de salvar la unicidad substancial del producto, que en el compuesto las sustancias de partida sólo existen en pura potencia, quedaría sin razón de ser la repetida experiencia de recuperabilidad de los componentes por descomposición del compuesto, ya que desde la pura potencialidad (materia prima) sólo se sigue el reclamo de acto, mas no de un acto determinado.

Con lo cual, y de paso sea dicho, logramos otro argumento contra la realidad de la materia prima, puesto que ninguna experiencia (química) permite argüir que puestas las condiciones de descomposición (análisis) de una determinada especie, se siguen arbitrariamente cualesquiera productos sino, por el contrario, siempre productos bien definidos y de previsible composición; precisamente de esto depende cabalmente toda la ciencia y la industria químicas, las cuales constituyen hoy un argumento empírico formidable.

En resumen: el mixto o producto de combinación se distingue —sin dejar de ser *una* real especie substancial— del producto de una (supuesta) corrupción-generación absoluta; estableciéndose así y con mayor realismo aún, que las sustancias naturales se sitúan entre el puro acto y las pretendidas sustancias simples, constituyendo un *intermedio* cuya estabilidad depende de las circunstancias;^{27a} lo que está, al cabo, de acuerdo con la actual economía natural según la cual toda substancia o trozo substancial en acto de ser tal, existe en tanto es capaz de perdurar en el concreto contexto en que de hecho se halla: toda entidad substancial es, ciertamente, un en-sí, pero un en-sí-con-otro; por lo tanto: para-otro, y aun gracias-a-otro.

²⁶ De gen. corr., 327 b 22.

²⁷ De gen. corr., 327 b 29.

^{27a} Para la precaria estabilidad del individuo, cfr. J. E. BOLZÁN, "Individuación, analogía y participación en el plano físico", *Sapientia*, 1971, XXVI, 173 ss.

POR FIN: EL HOMBRE

Procedamos ahora a aplicar aquel hilemorfismo mitigado (*mixis*) al caso del hombre recurriendo, en primer lugar, a nuestro criterio analítico (descomposición) para poder sacar posteriormente las consecuencias sintéticas que nos importan (composición del hombre): nos referimos a la experiencia que nos provee la muerte de un hombre. Desde este punto de vista consta que el resto material abandonado inmediatamente a la muerte se descompone, necesaria y paulatinamente, en numerosas y cada vez menos complejas realidades substanciales que el químico sabrá, a su modo, denominarlas con la precisión de sus nombres específicos. Todo lo cual está de acuerdo con las ideas de Aristóteles acerca de la composición de todo mixto natural, verdaderas substancias complejas,²⁸ compuestas variamente de todos los cuatro elementos,²⁹ y cuyos procesos de combinación están regulados por una "ley de las proporciones definidas"³⁰ con sus tres grados de complejidad según una "Escala de grados de composición" que va desde los elementos a los homeómeros (carne, hueso, tejidos), y de éstos a los anhomeómeros (cara, mano, etc.),³¹ de todo lo cual se componen los seres vivos³² y, por consiguiente, el hombre.

Ahora bien: eso no quiere decir que sean aquellas mismas substancias, así individualizadas en la descomposición, las que componen al hombre: la relación no es simétrica, y el todo sigue siendo mayor que las (supuestas) partes; y mientras es relativamente sencillo —aunque sea inmoral— descomponer un hombre, recomponerlo (resucitarlo) parece algo más difícil...³³

Según este modo de concebir la realidad, el alma humana aparece, sí, cual forma substancial; pero forma de una materia que no es simple materia prima, pues se trata siempre de una materia descomponible en especies descomponibles en especies descomponibles en... y donde las respectivas formas

substanciales de las especies obtenidas en la descomposición deberán hallarse —respetando la vía aristotélica— en "estado virtual" en el hombre mismo, bajo la hegemonía final del alma sobre las numerosísimas substancias que van entrando, sucesivamente, a conformar un hombre según una asimilación fundamental en la estructuración complejificante, en el desarrollo y en el mantenimiento de dicho hombre. El alma aparecerá de este modo cual causa radical estructurante —en todas las etapas dichas— de un cuerpo que no preexiste sino como *posibilidad de ser* en el sentido en que existen en el cosmos diversas substancias asimilables por la actividad hegemónica del alma que las hará "ser

²⁸ *De gen. corr.*, 328 a 10.

²⁹ *De gen. corr.*, 334 b 30.

³⁰ *De anima*, 408 a 14; cfr. 410 a 1; y nuestro artículo de nota 5.

³¹ *De part. animalium*, 646 a 13.

³² *De part. animalium*, 646 a 10.

³³ En otro orden análogo de cosa, la ciencia sabe hoy que, por ejemplo, un electrón al estado separado no es, estrictamente dicho, lo mismo que ese electrón en tanto existente componiendo un átomo; y aun en el plano de lo simplemente doméstico, resulta más sencillo romper un vidrio que reconstruirlo en su unidad original. Existe una decidida primacía de todo compuesto sobre sus supuestas "partes"; lo cual significa que es más correcto referirse a aquellos compuestos como "descomponibles en..." que no "ser compuestos de...". En general, los productos de análisis —los todos así logrados— deben resignar sus individualidades en la recomposición del *todo* original.

hombre" (y no simplemente "cuerpo humano"; pues si se insistiera en hablar, rigurosamente, de "cuerpo humano", no habría escape a algún modo de dualismo).

La definición que da Aristóteles de "alma" cual "entelequia primera de un cuerpo natural que tiene vida en potencia, es decir: de un cuerpo organizado",³⁴ hace existir a dicha alma como "algo de un cuerpo, en un cuerpo y cuerpo de natura determinada"³⁵ ya que "la entelequia de cada cosa aparece naturalmente en aquello que es en potencia esa cosa; vale decir: en la materia apropiada".³⁶ Pero esa misma insistencia de Aristóteles sobre la necesidad del cuerpo organizado ha hecho que su definición se entendiera como referida a "vida en acto segundo", en orden a las operaciones vitales, como bien dice aquí Bazán.³⁷ Sin embargo, existe una posibilidad de radicalizar la relación cuerpo-alma como para que lo aludido sea la vida en acto primero.

Concedemos que la experiencia de "ente viviente" es la que nos conduce a descripciones más o menos felices de "vida" en acto segundo, donde el alma aparece existente en cuanto operante; pero esto no exime de —antes bien: favorece y obliga a— buscar la raíz última del ser del hombre antes de toda operación *ad extra*; y esto ya sea desde la admisión de la preexistencia del alma, ya sea desde su "ser concomitantemente" y originada *en* la concomitancia (no *por* la concomitancia). Si en la definición señalada de Aristóteles se interpreta ese "cuerpo organizado" como la clásica disposición de la materia a la forma en el sentido de organizabilidad en acto de la materia, esta forma (alma) será concebida como causa eficiente del proceso de organización en acto que va constituyendo al ente viviente y, por consiguiente, la *vida* a que se referirá ahora esa "entelequia" será vida en acto primero de estructuración y hegemonía del alma con respecto a las sustancias virtualmente presentes en ese hombre.

Dos clásicos problemas están relacionados con este modo de concebir la estructura hilemórfica (mitigada) del hombre, a saber: cómo y cuándo se unen alma y cuerpo en el hombre. Desde nuestra perspectiva la respuesta es inmediata, pues si el alma es, así como hemos dicho, la causa radical eficiente-estructurante del ser del hombre gracias a la "disponibilidad de llegar a ser hombre" de las sustancias más o menos complejas que acaban, merced al alma, por formar al hombre, aquel "cómo" se reduce —con las salvedades dichas— a la inmediatez y esencial reciprocidad de lo acto-potencial en la constitución de un hombre que es tal no por ser fusión de un cuerpo y de un alma, sino por ser una unidad que la ha ido elaborando el alma mediante la disponibilidad no de un cuerpo sino de las sustancias combinables y tras un complejo proceso de *ir siendo hombre perfecto*.

Con lo cual ya queda implícita la respuesta al "cuándo" de la aparición del "ser hombre": si se acepta aquel proceso de complejificación radicalmente conducido por el alma, debe admitirse que el alma comienza a ejercer su función

³⁴ De anima, 412 a 20 ss.

³⁵ De anima, 414 a 20 ss.

³⁶ De anima, 414 a 25.

³⁷ BAZÁN, *l.c.*, p. 406.

—y el hombre comienza a *ser— ipso facto* de la primerísima combinación de elementos heterogéneos que, por sucesivas etapas, acabarán dando lugar a esa asimilación que provocará, finalmente, la aparición empírica de un hombre.³⁸

Vale decir que, estrictamente, no existe tal cosa como la “unión” de alma y de cuerpo; problema al cual podríamos ser conducidos por la vía simplista de otra simetría, también en función de la experiencia de la muerte: esta muerte comporta, como experiencia, un “dejar de vivir” el hombre (vida en acto segundo!) ³⁹ descomponiéndose casi indefinidamente en el proceso de degradación química paulatina. Como consecuencia se admite la *separación* del alma y, en vía deductiva posterior, se acepta su estado primigenio de *unión*. Mas es claro, por todo cuanto hemos venido argumentando, que tal problema de “unión” sólo tiene sentido en el extremo final de la “historia de un hombre”, esto es: considerándolo sólo desde el punto de vista de su estado de perfección biológica y ontológica; lo cual constituye una parcialización arbitraria de un tema que necesariamente ha comenzado a surgir, sin hiatos, *en* la concomitancia primera alma-cuerpo, a saber: en la primera *mixis* de cuyo complejo desarrollo, bajo la hegemonía del alma, se va formando un hombre.

Finalmente, repárese en que, aceptada esta interpretación del alma como principio radical estructurante separable y hegemónico de sustancias más o menos simples y preexistentes, que tienen vida (en acto primero) en potencia, organizables como tales en acto, y organizadas en acto según la *mixis* que es el hombre, la resurrección no aparece como algo imposible o absurdo: a) ni formalmente considerada, pues al depender el alma no intrínsecamente de la materia, nada impide su persistencia más allá de la muerte; b) ni materialmente juzgada, pues tratándose, en este plano, de una *mixis*, el cuerpo no desaparece en la nada de una materia prima sino que se resuelve según diversos y decrecientes grados de complejidad de las *sustancias* virtualmente existentes en el hombre que *vivía*, y en esos mismos grados de complejidad o de sencillez vuelven a su estado primero de poseer “vida en potencia” (= organizabilidad); de este modo todo queda en disponibilidad como para recomenzar el ciclo.⁴⁰ La verdadera dificultad reside aquí en cómo explicar el efectivo recomienzo del ciclo; pero esto es otro problema. En todo caso la persistencia de la forma (alma) constituye una necesidad en razón de su incorruptibilidad; mas su nueva modalidad de ser actualmente re-organizante en el sentido dicho es la fuente sellada que custodia el misterio.

J. E. BOLZÁN
Centro de Investigaciones
Filosófico-Naturales
CONICET

³⁸ Con ello se evita la necesidad de sucesivas almas reemplazantes (vegetativa, sensitiva, racional) que postula S. TOMÁS, *De Pot.*, 3, 9, 9^{um}; explicación que también critica Bazán (p. 390), pero recurriendo, a su vez, sólo a un criterio *operativo* del alma racional (cfr. p. 391 y nota 54 de su trabajo).

³⁹ Por tratarse de vida en acto segundo aparecen las dificultades conocidas en cuanto a la determinación del “instante de la muerte”, o muerte clínica.

⁴⁰ Cfr. nuestro trabajo “Educación y trascendencia”, *Sapientia*, 1973, XXVIII, 125 ss., para otro argumento plausible en favor de la resurrección, filosóficamente concebida.